

Como si este pensamiento de Zayda Fatima hubiera llamado á la Palomilla, se abrió la puerta de la cámara, entró apresurado el conde don Iope y dijo:

CAPITULO XV.

—Hija mía, ahí tenéis á doña Juana Nuñez de Lara en persona, que pretende con gran interés hablar con vos.

—¡Ah! pues que entre, conde, que entre, dijo Zayda Fatima, y dejádmela sola con ella.

—¿Qué pretendéis?

—Después es lo esplicito, y os pediré consejo; pero id, no la hagamos.

UN AMOR DE TODO PUNTO IMPOSIBLE.

III

I

Zayda Fatima quedó profundamente meditabunda despues de la salida de Zancudo.

¡Que la amaba doña Juana Nuñez de Lara creyéndola un hombre! ¡Y doña Juana Nuñez de Lara era la esposa del tutor del rey, de un traidor tal y tan terrible como el infante don Enrique!

Zayda Fatima pensó en que estos amores podian ser tal vez útiles á la reina, y se decidió á exacerbar el amor de la Palomilla.

Aquel amor debia ser violento, puesto que habia obligado á doña Juana á ir á una villa libre de cerco por un enemigo tan terrible como la peste, que se habia quedado muy cerca. ¡Tardaria mucho en llegar doña Juana?

II.

Como si este pensamiento de Zayda Fatima hubiera llamado á la Palomilla, se abrió la puerta de la cámara, entró apresurado el conde don Lope y dijo á Zayda Fatima:

—Hija mia, ahí teneis á doña Juana Nuñez de Lara en persona, que pretende con gran interés hablar con vos.

—¡Ah! pues que entre, conde, que entre, dijo Zayda Fatima, y dejadme sola con ella.

—¿Qué pretendéis?

—Despues os lo explicaré, y os pediré consejo; pero id, id, no la hagamos esperar.

III.

El conde salió.

Zayda Fatima, que no podia dejar el lecho, se colocó en él en la posicion mas conveniente que pudo, para recibir á doña Juana.

Tenia la cabeza vendada alrededor de la frente; pero el vendaje que tenia sobre sí una cinta de seda azul, la favorecia, constituyendo una especie de gracioso tocado.

Sus anchos y pesados rizos negros, caian sobre sus hombros; estaba pálida, y esta palidez aumentaba su hermosura.

Sus ojos, sus magníficos ojos negros, tenian una lucidez infinita.

Por cima del cuello de su camisa, se veia su garganta mórvida, que á pesar del suave moreno de la tez, dejaba ver la circulacion de la sangre.

Aparecia irresistible.

Doña Juana, considerándola como hombre, debia volverse loca, es verdad que pocas mujeres hubieran resistido á la influencia de un mancebo tan hermoso como Zayda Fatima.

IV.

Se levantó el tapiz de la puerta, y entró sola la Palomilla. La mirada de Zayda Fatima, se fijó en ella intensa y grave. La Palomilla se sintió dominada por la timidez, por la primera vez de su vida.

Se detuvo dos veces al atravesar la cámara, que era estensa. Al fin, como atraída, como absorbida por la mirada de Zayda Fatima, adelantó rápidamente, y dijo toda trémula, toda conmovida.

—¿Cómo así, señor mio? ¿cómo os han maltratado de tal manera los aragoneses?

—Azares de la guerra, señora: los que nacemos para combatir, no podemos ni debemos quejarnos de las heridas que recibimos; ese es nuestro destino; y cuando las recibimos por una justa causa, debemos sentir una viva satisfaccion por haber verificado nuestra sangre.

—¿Y no temeis que puedan pagaros con ingratitudes? dijo la rebelde Palomilla.

—No debemos buscar recompensa alguna de lo que bien hacemos, y tanto es lo que hacemos mas noble, cuanto menos se nos recompensa.

—¡Bah! no digais eso, señor mio: nadie piensa así en el mundo, y por lo mismo, nadie entiende á quien piensa así.

—Cada cual obedece á sus ideas y á su corazon; pero sentaos, señora, sentaos.

La Palomilla se sentó en un sillón que estaba junto al lecho. Por algunos momentos guardó silencio, absorta en la contemplacion de la hermosura de Zayda Fatima.

La mirada, la palidez, el ligero estremecimiento que pasaba de tiempo en tiempo por doña Juana, demostraba lo enamorada que estaba de Zayda Fatima, á causa de su error.

La profunda mirada de Zayda Fatima, aquella mirada incomprendible, serena, profunda, que dominaba hasta los hombres mas alentados, mirada que aparecia siempre que Zayda Fatima fijaba su atencion en un objeto, mejor dicho, en un ser humano, embriagaba, fascinaba, enloquecia á la Palomilla, y al mismo tiempo la inspiraba un profundo respeto.

—¿Sabeis para qué soy venida? dijo la Palomilla rompiendo al fin el silencio.

—Lo ignoro, señora, contestó Zayda Fatima, y si me preguntasen lo que juzgaba de vuestra venida, no sabria qué contestar; porque como esposa del infante don Enrique el Senador, y como hermana de don Juan Nuñez de Lara, podeis venir á una cosa; como dama de la reina doña María, y vasalla leal, podeis venir á otra.

—Explicaos.

—La esplicacion es muy sencilla, dijo Zayda Fatima; vuestro marido se alegraria mucho de separar á la reina del rey, lo que se prueba por el empeño que ha tenido en casar á la reina con el infante de Aragon don Pedro: un tutor que se encuentra con que su pupilo tiene una madre tal como la reina doña María, no es propiamente un tutor, y vuestro esposo quiere serlo sin obstáculo ninguno; es decir, quiere ser, durante la menor edad del rey, el verdadero rey de Castilla: podeis, pues, venir... ¿qué se yo? porque si venís en favor de los aragoneses, amigos de vuestro marido, llegais tarde: ahora bien; si venís enviada por la reina, como su vasalla leal, puede ser que traigais por objeto el ver una manera de avenimiento entre la reina y vuestro hermano don Juan Nuñez de Lara, que se dice viene sobre Mayor-

ga, visto el desastre que Dios ha enviado á los aragoneses, tambien venís tarde; porque de tal manera han sido los aragoneses castigados por Dios, que vuestro hermano se volverá en cuanto reciba la noticia, porque solo no puede combatir la villa que está muy defendida. Así, pues, ya vengais á lo uno ó á lo otro, vuestra venida es de todo punto inútil, señora.

—¿Y si yo viniese á otra cosa? dijo doña Juana.

—Os confieso que no sé á qué otra cosa podeis venir.

—Mirad, dijo la Palomilla dominando al fin su timidez; por hoy me importan muy poco la reina, el rey, mi marido, los aragoneses y mi hermano: no me meto en nada, allá se compongan como puedan: mi marido, creyéndose agraviado por la resistencia tenaz que la reina ha opuesto á casarse con el infante don Pedro, creyéndose además mas débil para resistir al rey de Portugal que se acerca á Valladolid, no contando para ello con otro apoyo que con el de don Diego Lopez de Haro, se ha ido á las Andalucías, á las fronteras del reino de Granada, y como á mí no me gusta estar cerca de los moros, porque les tengo miedo, me he quedado en Valladolid al lado de la reina.

—Perdonad, dijo Zayda Fatima; no os habeis quedado en Valladolid, puesto que estais en Mayorga.

—¿Cómo habia de permanecer en Valladolid, dijo ardientemente doña Juana, despues de saber que vos estabais herido y maltrecho?

—Muchas gracias, señora; ¿pero habeis meditado bien el paso que habeis dado?

—Lo que se desea con el corazon, no se medita.

—¿Ah, señora! exclamó Zayda Fatima; desgraciado de aquel que no sabe ó que no puede dominar á su corazon: el corazon es ciego, y nos extravía, y Dios nos ha dado la razon y el conocimiento de nuestro deber, para que dominemos los impulsos ciegos del corazon.

—¿Como se conoce que vivís en compañía de un hombre que viste hábito benedictino! ¿qué sermon me habeis encajado tan sin pedírosle yo? ¿os pesa que una hermana venga á cuidar de vos?

—El mundo, señora, no cree en estas fraternidades, contestó Zayda Fatima: no verá mas que lo que aparece, esto es, que una dama de alta alcurnia, una infanta, y además de esto, casada, ha venido á cuidar de un capitan de aventuras que se encuentra mal herido en el lecho, y juzgará por las apariencias.

—¿Y qué me importa á mí que piensen lo que quieran, si mi intencion es buena?

—¿Y nada os importa tampoco de lo que piense vuestro marido?

—Mirad, no me he metido á pensar lo que de esto pensará el infante don Enrique: me necesita en gran manefa, y nada se le ocurrirá que decirme.

—Pero vos debéis cuidar que no se diga ni de él, ni de vos.

—Me casaron con él por fuerza: convenia á mis hermanos este enlace, y yo cedí porque tenia el corazon libre: yo no he dado mi corazon á don Enrique, no puedo dárselo, ni le amo, ni puedo amarle.

—Basta, señora, dijo Zayda Fatima, no quiero oír en vuestra boca tales palabras; además, son para mí muy peligrosas.

—¿Qué decís!

—Nada digo, si no que habeis venido á traerme la tentacion y el peligro de perder mi alma.

—Pero ¿por qué decís cosas tan estrañas, tan sérias don Gutierrez? ¿por qué habeis de estar en peligro de perder vuestra alma, porque yo venga á cuidar de vos?

—Porque, señora, desde que os vi no os olvido.

—¿Qué decís! exclamó toda trémula y palideciendo de emocion doña Juana.

—Digo que yo no puedo ni debo amaros, primero porque sois una mujer casada, despues porque, aunque fuérais moza, yo no podia casarme con vos.

—¿Y por qué si yo fuera libre no podíais casaros conmigo? dijo con altivez y nublando el bello semblante doña Juana.

—No por nada que pueda ofenderos, contestó Zayda Fatima, sino porque tengo hecho á Dios voto.

—¿Voto! ¿y de qué?

—Voto de no unirme jamás á otro sér, voto de contrariar, de dominar, de vencer mi amor; voto que he cumplido con un valor de que no me creia capaz.

—¿Cómo! ¿Habeis amado?

—He amado y amo, dijo tristemente Zayda Fatima, he amado y amo con toda mi alma; pero este amor está vencido, martirizado, resignado; este amor que morirá conmigo es imposible: yo le he guardado en el fondo de mi alma, y el sér que me le ha inspirado no le conoce, no le conocerá nunca, y ese sér me ama como yo le amo á él: el pensamiento de ese sér busca á mi pensamiento; yo siento su alma en mi alma, como él siente, estoy seguro de ello, mi alma en la suya; ese sér es mi sueño, le tengo siempre en mi corazon, y sin embargo, nunca le diré yo te amo; nunca yo te amo, me dirá él á mí: entre nosotros hay dos imposibles; mi voto solemne, y su dignidad, su honra.

—¿Ah! exclamó doña Juana que estaba lívida; ¿y quién es ese sér que tanto amais?

—Perdonad, señora, pero no puedo deciros su nombre; básteos saber que es ilustre, muy ilustre.

—¿Ah! murmuró de una manera ininteligible la Palomilla, ¡la reina!

—¿Qué decís, señora?

—Digo que si yo no os considerára como mi hermano, seria muy desgraciada.

—¿Quereis seguir mi consejo, señora?

—¿Y cuál?

—Debeis volveros cuanto antes á Valladolid.

—Desdeñais el afecto que me ha traído junto á vos, dijo la Palomilla, á quien se la saltaron las lágrimas.

—Ese afecto es una locura, señora; perdonadme si os lo digo: no sois libre, y aunque hayais venido con la mejor intencion del mundo, vuestro intento se calumniaria.

—¿Y qué me importa á mí de la calumnia?

—¿Ah! dijo profundamente Zayda Fatima, la calumnia es terrible y mata de una manera infame al sér á quien muerde.

—¿Y qué os importa á vos que yo quiera vivir ó morir? dijo

la Palomilla, que estaba terriblemente irritada. ¡La calumnia! ¡bien! ¿hay acaso alguna persona que valga algo en nuestros tiempos que no esté calumniada? á este le llaman ladrón, á aquel traidor, al otro asesino, y la misma reina.....

—¿Qué dicen de la reina? exclamó reprimiendo mal su cólera Zayda Fatima.

—Dicen que estima tanto á don Alfonso Perez de Guzman el Bueno, que no quiere tenerle en la corte y á su lado, por lo que le mantiene allá, en la frontera de los moros: pero añaden que de tiempo en tiempo, don Alfonso Perez deja la frontera sin decir á nadie dónde va, y solo, sin más que un escudero de confianza, y á mata caballo, se viene adónde está la reina, á la que ve secretamente.

—¡Infames! exclamó Zayda Fatima con un acento que tenia algo de rugido.

—Sí, infames, muy infames, exclamó doña Juana, pero eso no quita que la infamia cunda y se crea; ¡bueno está el mundo! estorbad á alguien, y solo porque le estorbais, no atreviéndose á acometeros frente á frente, dirá de vos cuantas bajezas, cuantas miserias le sugieran su rabia y su cobardía. Ya veis, de mí dicen que soy la manceba del rey, de un niño, de un enfermo que nada tiene que pueda interesar un corazón, y añaden que mi marido lo sufre por la cuenta que le tiene y pensando en su engrandecimiento, y que por la misma razón lo sufren mis hermanos. Ya veis hasta qué punto han llegado, que se atreven á llamarme en son de desprecio la Palomilla: y ¡qué hay que hacer! ¡cómo se cierra la boca á tanto maldiciente, á tantos tontos que creen todo lo que oyen de buena fé, aunque sea lo más increíble, lo más repugnante? ¡La calumnia! ¡cómo ha de temerla quien ha sido ya mordido por ella?

—¡Oh! sí, sí; esta generación está maldita por Dios, y en vano se busca el remedio, porque lo que Dios sentencia, sentenciado está, y es de todo punto inútil querer evitar el castigo, cuando la ambición y las malas pasiones se apoderan de los hombres, cuando todos dan oído dócil á su soberbia, cuando el más estúpido se cree lleno de la ciencia de Salomón, cuando no hay

más Dios que el dinero, ni más religión que la vanidad, ni más fé que la soberbia, el hombre se embrutece y no le queda más que el valor y la ferocidad del lobo, para defender lo que posee, lo que ha robado, ó para quitárselo á otro; y entre tanto los pobres pueblos desangrados, sufren y callan y se dejan desangrar más y más, y se estremecen por la batalla que dan ladrones á ladrones, sobre su terreno y sobre sus miembros. Dios lo quiere, Dios castiga en nosotros viejos crímenes de nuestra raza; Dios no nos perdonará sino cuando hayamos espiado cumplidamente el mal que hicieron nuestros padres.

—¡Ah! ¡qué cosas decís, don Gutierre!

—Digo lo que es, hablo con la voz de la razón y dé la justicia, herencia de traición es la nuestra, y las herencias de traición están malditas. Dios que es la verdad, Dios que es la justicia; es inevitable: dejadlos, dejadlos hacer; ellos irán cayendo uno á uno, dos á dos, ciento á ciento, mil á mil, como las hojas secas del árbol, para podrirse en el lodo; el árbol echará hojas nuevas, hojas lozanas, hojas puras; las hojas están secas, el bramido del huracán se escucha ya á lo lejos en el espacio; las hojas secas caerán; el árbol quedará desnudo: pero ¡qué importa! la primavera le pondrá lozano y pomposo; dejad, dejad que obre á la justicia del Señor.

—¿Con que, según vos, todos somos hojas secas?

—Sí; áridas, gastadas, corrompidas: hemos arrancado al árbol cuanta savia hemos podido, y ya nada nos queda que arrancar: el árbol está seco y es necesario que el huracán le arrebathe las ramas podridas para que retoñe; entre tanto luchamos y más luchamos, los buenos por mantener una sombra de derecho, los malos por acrecentar su infame valía. Dejemos marchar el tiempo: no hemos de ser nosotros los que hemos de ver el fin de tantos males: no perecerá la monarquía, pero irá abriéndose paso sobre un mar de sangre: terribles tiempos, más terribles aún los que vendrán: traición heredamos y traición dejaremos por herencia á nuestros hijos. ¡Cuánta infamia! ¡cuánta vileza! la reina, la pobre reina, una mártir, el corazón más grande que alienta sobre la tierra, y desobedecida, injuriada, amenazada, y sobre

todo, lo que es horrible, desesperante, calumniada. ¡Ah! ¡mal-ditos! ¡infames!

Y los ojos de Zayda Fatima ardian, relampagueaban, amenazaban.

—¡Oh! ¡Dios mio, y qué fiereza! exclamó asustada la Palomilla.

—Fiereza inútil, fiereza impotente: ¡qué pueden hacer un corazon solo, una sola cabeza, un solo brazo, contra la fuerza comun de tanto miserable! rugir de cólera, callar, sufrir, desesperarse; verlos á todos ciegos, extraviados, envolviéndose en sus propias redes, empeñados en lo que no puede ser, despedazándose por lo imposible, y devorando la rapiña, único fruto que de sus rudos combates queda entre sus manos: no hablemos mas de esto; que se cumpla la justicia de Dios: por lo demás, señora, yo os suplico que os volvais á Valladolid: una ausencia de dos dias es disculpable, se puede encontrar para ella un buen pre-testo: libradme de vos.

—¡Que os libre de mí! exclamó la Palomilla alentando la esperanza que la sagaz Zayda Fatima le habia dejado entrever.

—Sí, libradme de vos, señora, porque os lo confieso, desde que os vi, no he podido olvidaros.

—¿Qué decís, don Gutierre? ¿Y ese sér que adorais, ese sér imposible, esa ilustre persona?

—A los imposibles se renuncia, señora; y cuando con el corazon sediento de una felicidad que no hemos podido obtener, encontramos otro sér adorable, estamos en gran peligro de rendirle nuestro albedrío, de enloquecer por él: yo no soy libre por mi solemne voto, ni vos lo sois por la fé que habeis jurado á un hombre.

—Yo os amo, exclamó rompiendo por todo la Palomilla: solo por vuestro amor, y arrojándolo todo, he venido á Mayorga: vos pensais en mí, y esto es para mí una felicidad infinita: dejadme, dejadme que esté á vuestro lado, que cuide de vuestras heridas, que viva como no he vivido nunca, amando como nunca he amado.

—¡Ah, doña Juana! qué hermosa sois y cuánto me embriaga vuestro amor.

—Romped vuestro voto como yo estoy dispuesta á romper mi juramento.

—¡Oh, jamás! exclamó Zayda Fatima: no quiero traer sobre mí ni sobre vos la maldicion del Señor. Amémonos, sí, pero con un amor casto, con un amor del alma, con ese amor descendido de los cielos, que á nadie puede ofender, porque á nadie ofende lo que es puro, inmaculado: ¿no os lo he dicho ya? Desde que os vi, no he podido olvidaros, y cuando os vi, me estremecí de alegría y de terror, porque en vos se me presentaba una tentacion.

—¡Me amareis, me amareis con toda vuestra alma! exclamó la Palomilla, y yo lo sacrificaré por vos todo, todo, hasta la vida: soy poderosa, riquísima: vos sois bravo, terrible: yo os haré tan grande, ayudándoos, que no tengais que temer á nadie, ni al rey.

—Pues bien, doña Juana: si me amais, si estimais mi amor, obedecedme, sed dócil: ni á vos ni á mí nos conviene el que permanezcáis en Mayorga: volved á Valladolid: no tengais cuidado por mis heridas; no son peligrosas: tengo además aquí buenos amigos y leales servidores: los aragoneses, heridos por Dios, han perecido en su mayor parte, y habrán de volverse de un dia á otro á Aragon: nada tendré que hacer ya en Mayorga, y me volveré á Valladolid á pelear por la reina, que en Valladolid está amenazada: allí nos veremos sin que vuestra reputacion padezca, sin que nadie pueda saber que nos vemos: id, señora, id, yo os lo suplico: no permanezcáis por mas tiempo á mi lado; las gentes con quienes habeis venido, lo estrañarían.

—Quiero daros una prueba de mi amor obedeciéndoos, dijo la Palomilla.

Y se levantó.

—Pero juradme que no me engañais, que en Valladolid nos veremos.

—Os lo juro, contestó Zayda Fatima: nos veremos en Valladolid, para permanecer en él: servid lealmente á la reina.

—La serviré, porque vos me lo mandais.

—Porque debeis servirla, señora, si quereis que Dios os ayude: id, id, no quiero que esteis mas tiempo separada de vuestras gentes.

—Apartándome de vos, hago el mayor sacrificio que me pudiérais pedir; pero os obedezco. Adios, señor mio, y que pronto nos veamos.

—Id con Dios, señora, y que él os haga feliz.

La Palomilla salió llena de dudas, de celos, de esperanzas, de desesperacion.

VI.

—Ese sér á quien ama, ese corazon de oro, esa ilustre persona, ¿quién es? ¿quién puede ser mas que ella? Ella, la reina: ¡y ella, que se interesa tanto por el caballero del Aguila Roja, y él que ha venido aquí á morir por ella! ¡Dios mio, Dios mio! ¡Pero él no miente, no, y me ha dicho que yo le enamoro, y no me lo ha dicho solo con las palabras, me lo ha dicho tambien con los ojos! ¡Oh, Dios mio! ¡quién sabe! ¡yo soy mas hermosa que la reina, mas jóven! ¡la reina es un imposible, y yo no lo soy! ¡si muriera don Enrique! ¡oh, Dios mio, yo no he amado nunca hasta ahora! ¡yo, hasta ahora, no he tenido celos! ¡yo voy á volverme loca!

Al llegar á este punto de sus pensamientos, doña Juana, acompañada del conde don Lope, llegó á la plaza de armas del castillo, donde al pié de las escaleras la esperaban su litera y algunos escuderos.

Despidióla el conde don Lope, entró en la litera, y salió del castillo.

CAPITULO XVI.

DE CÓMO MURIÓ EL INFANTE DON PEDRO DE ARAGON.

I.

La gran casa de piedra de Valdemorilla, donde habia entrado el alférez Zancudo y el rico hombre aragonés Pero Coronel, estaba silenciosa como una tumba.

Al pié de las escaleras, sentados acá y allá, amarillos, aterrados, habia algunos hombres de armas que se pusieron penosamente de pié al pasar Pero Coronel y Zancudo.

Parecia como que no podian soportar el peso de los arneses.

El que en Valdemorilla no estaba apestando, estaba enfermo de terror.

La peste negra era una enfermedad horrible, una espantosa descomposicion de la sangre, que mataba en pocos minutos, y dejaba lívidas á sus víctimas.

Hay quien cree que la peste negra que affigia por aquellos tiempos á Europa, no era otra cosa que el cólera morbo asiático,